

Tocó el papel de Orfeo á cierto capitán Anaya, hombre de ingenio y chispa, que sacó por cítara unas parrillas forradas de pergamino, con que hacía un ruido desapacible. Representó *Proserpina* Bartolomé Leonardo y Argensola, cuya gorda catadura excitaba grandemente la risa del auditorio, y que llegó al extremo cuando le vieron acercarse á Plutón (que lo figuraba el secretario Laredo, sentado sobre un armario que le servía de trono) y decirle con mil dengues y remilgos:

Soy Proserpina; estoy en la morada
Del horrible rabioso cancerbero,
Que me quiere morder por el trasero...

á lo que Plutón contestó gravemente:

Bien hay en qué morder, no importa nada.

La función acabó en tragedia, ó á lo menos tragi-comedia; porque al bajar Plutón del armario, cayó éste encima de los otros actores, saliendo todos, cuál más, cuál menos, lastimados.

VII

Entre los muchos viajeros que visitaron al Conde en su capital, no pueden dejar de recordarse tres españoles insignes: D. Francisco de Quevedo Villegas, que fué allá fugitivo á consecuencia del caballe-

resco suceso de la iglesia de San Martín, en la noche del Jueves Santo del año 1611. El Gran Duque de Osuna, Embajador de España en Venecia, y el Conde de Villamediana, célebre en nuestra historia literaria por sus desenfadadas sátiras y por su trágico fin.

VIII

Un desgraciado suceso vino á turbar la alegría de la ilustrada corte del Virrey.

En el mes de Marzo de 1613, falleció inopinadamente y tras brevísima enfermedad el secretario Lupercio Leonardo y Argensola.

El dolor del Conde de Lemos fué grandísimo.

La *Academia de los Ociosos* le consagró suntuosas exequias. Concurrieron los Príncipes y personajes notables de toda Italia; hubo poesías latinas, italianas y españolas; y en el túmulo, de maravilloso artificio, levantado para aquella fúnebre solemnidad, se colocaron inscripciones con grandes alabanzas del finado.

IX

Vacante la plaza de cronista del reino de Aragón, que desempeñaba Lupercio Leonardo, quiso continuar en ella su hermano Bartolomé, para lo cual envió sus memoriales á los Diputados de la Corona; y para facilitar y esforzar sus pretensiones, escribió

también el Conde de Lemos á aquellos señores en los siguientes términos:

«El Secretario Lupercio de Argensola, cronista de
 »ese Reyno, es muerto, dexándome con el senti-
 »miento que se debe á la falta de tan gran sugeto, de
 »cuyo ingenio Aragón y toda España esperaba justa-
 »mente grandes frutos. Ha conformado su muerte
 »con la integridad de su vida, con lo qual, y con su
 »hijo que le sucede, hallo algún consuelo. Al oficio
 »de cronista que ahora vaca, y V. S. ha de proveer,
 »á mi juicio, supuesto que en la elección se ha de
 »atender á los méritos, que la obra y el ministerio
 »piden, no hay en España quien tenga tanto derecho
 »como el Doctor Bartholomé Leonardo, hermano del
 »difunto: pero no inferior ni casi en la edad. Mucho
 »antes que Lupercio con orden de ese Consistorio
 »tratase de continuar los Anales de Zurita y de pro-
 »seguirlos hasta nuestros tiempos, tenía el dicho
 »Rector hecho aparato y estudio para el mismo efecto.
 »De su caudal, de su estudio, y lenguaje latín y
 »español, casi en todos los Reynos de Europa hay
 »noticias y aprobación. Por lo qual, y por acudir á
 »mis obligaciones, que son tan sabidas, le suplico
 »á V. S. se sirva de darle este oficio; pues demás de
 »la merced que yo recibo, cumplirá ese Consistorio
 »con su conciencia y con el deseo universal, que sin
 »duda se endereza á lo mismo. De la importancia del
 »negocio, de la suficiencia de la persona propuesta, y
 »como he dicho, de mis obligaciones, se puede infe-
 »rir que no lo pido por cumplimiento, sino con las

»mayores veras que puedo, y de las mismas causas
 »infero que hago lisonja á ese Consistorio y á ese
 »Reyno con habérselo suplicado.—Nápoles, 18 de
 »Marzo de 1612 años.—*El Conde de Lemos.*»

A pesar de tan buena recomendación, no obtuvo entonces Bartolomé el empleo de cronista que apetecía.

X

Algunos meses después de este desgraciado acontecimiento, recibió el Virrey, con una carta de *Miguel de Cervantes*, la *Dedicatoria* del libro de *Novelas Ejemplares*, de que le había hablado antes de su salida de España, que venía fechada en 13 de Julio de 1613. Después dirigió *Cervantes* nueva carta al Conde para que admitiese la dirección de las *ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados*; y no se hizo esperar la de la *Segunda parte del Ingenioso caballero D. Quijote de la Mancha*, ya aceptada por el Conde, como la de las *Novelas*, antes de su salida de Madrid.

En todas ellas aparecen las muestras del agradecimiento del escritor á los beneficios que la mano liberal del Conde de Lemos le prodigaba. Y es altamente satisfactorio el considerar que si el ilustrado magnate era el sostén y el amparo del escritor desvalido, éste en los rasgos de su pluma consagraba á la inmortalidad el nombre de su bienhechor.

Más debe el Conde de Lemos la fama de su nom-

bre y la inmortalidad de su fama á los libros que le dedicó *Cervantes*, pobre y obscurecido en Madrid, que al suntuoso palacio que, para mansión de los Virreyes, hizo levantar en Nápoles, y á los otros edificios con que engalanó la ciudad. De aquellos nadie recuerda hoy al autor, y han sido eclipsados por otros más ricos y más modernos. Las obras de *Cervantes* no han sido superadas y eternizan el nombre de sus favorecedores.

Sobre estar enfermo, estaba muy sin dinero el soldado de Lepanto, cuando en el último día del mes de Octubre de 1615 firmaba la *Dedicatoria de la Segunda parte del Quijote*; pero, en Nápoles tengo, decía, *al Conde de Lemos que me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto á desear.*

XI

Por muerte de Lupercio Leonardo, había confiado el Conde la Secretaría del virreinato á D. Gabriel Leonardo de Albión, su hijo.

Joven que apenas contaba veintiseis años, era, sin embargo, el D. Gabriel aventajadísimo y diestro en el despacho de los negocios; y de tan feliz memoria, que en una ocasión relató al Conde más de cien memoriales, sin equivocarse las pretensiones, con haberlos leído una sola vez.

Otra demostración de su memoria prodigiosa refiere D. Diego Duque de Estrada, en su *Vida* citada antes. Dice que habiendo compuesto en cierta

ocasión diez décimas para recitarlas en la Academia, se las enseñó á D. Gabriel, el cual le dijo que las tenía escritas y las sabía de memoria. *«Enojóme tanto, dice Duque de Estrada, que quise desafiarme, y empuñé la espada, diciéndole que no era yo hombre que vendía por mío lo que él sabía de memoria. Rióse de mi cólera diciéndome, pues escuche: y díxome las diez décimas, sin que faltase un tilde. Yo entré más en cólera, jurando que había de matar al paje que me había tomado el original; pero viéndome determinado, me dixo: fuera cólera, y seamos amigos; que lo mismo hago con una comedia y con un sermón.»*

Su propio padre, Lupercio Leonardo, escribía desde Aragón á Justo Lipsio, y hablándole de su hijo le decía: *«Filius est mi Gabriel, qui non dum decimum quintum annum aetatis explevit* (la carta está fechada en 9 de Diciembre de 1602, y, por lo tanto, se deduce que había nacido en 1588, que fué el siguiente al del enlace de Lupercio con Doña María Bárbara) *latinae: grecoque linguae non ignarus; moribus candidissimis, puer meliori aevo, meliore patre dignus.»*

En manos tan expertas ponía el Conde la administración del reino, y á tales hombres confiaba el despacho de los arduos negocios de su gobernación; por eso no es de extrañar que los napolitanos vieran con señaladas muestras de disgusto cómo se iba aproximando el término del sexenio, y que demostraran sus sentimientos de adhesión, de afec-

to al Conde de Lemos cuando llegó el fin de su gobierno.

XII

Cuando el Conde se disponía en Nápoles para emprender su viaje á España, se encontraba en Madrid á las puertas de la muerte, solo, triste, prostrado y sin recursos, *Miguel de Cervantes Saavedra*.

El deseo más ardiente del gran escritor era saber la llegada del Conde á los puertos españoles. Con ella esperaba ver mejorar su suerte, aumentar sus recursos, harto escasos y reducidos para tan penosa enfermedad como la hidropesía, que le aquejaba; y tanto era su anhelo, que hasta creía había de prolongarse su existencia para besar las manos de su bienhechor.

No quiso Dios darle tan gran consuelo. Crecen las ansias, las esperanzas menguan; el tiempo es breve, el temor grande... Recibe el escritor ilustre la Extremaunción devotísimamente y con humildad cristiana, el lunes santo 18 de Abril de 1616; y al día siguiente, aprovechando un momento de tranquilidad, escribió al Conde aquella *Dedicatoria* sin igual, digna, como dice uno de sus biógrafos, de que la tuvieran presente todos los grandes y todos los sabios del mundo, para aprender los unos á ser magníficos, y á ser agradecidos los otros.

«*Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo tan celebradas, que comienzan*

Puesto ya el pie en el estribo,

quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta epístola, porque casi con las mismas palabras puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran Señor, ésta te escribo.»

Tal fué el último recuerdo que *Cervantes* consagró al de Lemos. Al llegar éste á su palacio de Madrid recibió tan interesante *Dedicatoria*, con el pesar que puede imaginarse; y es de creer que por sus cuidados se dieron á la estampa *Los trabajos de Persiles y Segismunda*.

PARTE TERCERA

(1616—1622)

I

Divulgada la noticia del regreso del Conde, trasladáronse á Valencia, donde debía desembarcar, muchos de sus amigos y favorecidos, para recibirle